

DÍAS DE LECTURAS

Mónica Jongewaard de Boer

*Multas per gentes et multas per aequora vectus
Advenio has miseras, frater; ad inferias,
Ut te postremo donarem munere mortis.*

(...)

*Accipe fraterno multum manantia fletu,
Atque in perpetuum, frater, ave atque vale*

Catulo

En la mañana del 10 de septiembre de 2012 falleció Monseñor Guillermo P. Blanco. Junto con la rara sensación de desamparo que una muerte como la suya produce siempre, surgió en mí otro sentimiento difícil de describir: era una suerte de orgullo de que pudieran existir personas como él y también el haberlo acompañado en treinta y ocho años de trabajo.

Coincidieron en él datos nada frecuentes de diversidad y riqueza. Es el suyo un ejemplo de inquietud disciplinada, una existencia trabajada en hondura porque la solicitaban varios horizontes: la vida espiritual, el estudio, la docencia, la conducción universitaria. El signo que preside cada vez con mayor frecuencia la vida intelectual de hoy es el desgano, la dispersión, la duda acerca del propio destino. Monseñor Blanco no conoció o superó esos malos espíritus. Atraviesa su vida un poderoso aliento de confianza en la propia vocación que bastó para fortalecerlo en la irradiación de su generosidad. Fue un intelectual auténtico, que se negó a las falsas proscipciones dictadas por la incuria, la pereza o la ignorancia. Cada vez que su nombre vuelve a solicitarme, Monseñor Blanco adquiere el porte de un sacerdote cordial y sabio que supo encarar su circunstancia y luchó por descubrir la fecundidad en las dificultades.

Trataré de expresar algunos de los motivos de mi admiración en el homenaje de estas páginas.

Lo conocí en la década del sesenta, pero lo traté asidua-

mente cuando comencé a trabajar bajo su dirección en abril de 1975, al unirse Filosofía y Letras en una sola Facultad, de la que fue Decano Organizador. Al principio me impresionó como un hombre algo tímido, reservado, cuyo inmenso saber no se manifestaba sino en el cuidado, la sobriedad y la precisión con la que se expresaba.

Confieso que en esos inicios me desagradaba escuchar que dentro del claustro de Filosofía se lo llamara familiarmente «Padre», con omisión de aquel precepto que impone respetar a los mayores de edad, saber y gobierno. Él lo autorizaba y hasta se complacía en ello, lo que no obsta para que me pareciera irrespetuoso, particularmente desde que el señorío innato en él lo hacía incongruente. Con el tiempo advertí mi error: es posible que en ese tratamiento familiar encontrase Monseñor una facilitación de la amistad, un modo de atemperar el aislamiento o bien que su interlocutor acertara así la distancia para sostener un diálogo informal.

Representaba un raro ejemplo de hombre estudioso, laborioso, consciente y seguro, que trabajaba con inalterable asiduidad. Enseñó a sus alumnos a estudiar a conciencia, pensando y razonando, sin conceder a la memoria otro papel que el de cimentar los conocimientos como en una base inerte. Y, con su ejemplo, enseñó a sus colegas a trabajar como los alumnos, con el mismo método heurístico, con la misma humildad del que aprende aunque enseña. Enseñó la humildad del saber que no ha dejado de ser aprendizaje. Fue un buen maestro porque fue un buen estudiante.

Su condición de profesor se transparentaba en sus lecciones, y quiso siempre serlo, eficaz y orientador. Sus discípulos recuerdan su personalidad de pensador, cuyos quilates no es posible inferir solamente de la obra que ha dejado escrita. Fue de una inteligencia clara, profunda y persuasiva; junto con el conocimiento elaborado inculcaba la pasión del saber.

El gusto por la lectura comenzaba en él por el libro como objeto material: la encuadernación, la tipografía, su disposición. Tras un examen somero, la lectura del texto, lápiz en mano y con una hoja de papel doblada para tomar apuntes. Ninguna lectura sin utilidad. Por rutina de la tarea habitual corregía en el texto hasta la errata más insignificante y los erro-

res de puntuación. Por añadidura siempre hacía alguna nota en el margen o en la hoja de notas.

Después de tantos años leyendo y descifrando los escritos de Monseñor Blanco, con una emoción que el tiempo y la familiaridad hacen cada vez más intensa, he visto nuevamente sus escritos, los primeros borradores de su *Antropología Filosófica*, los cuadernos escolares de tapas gastadas, con los márgenes apurados por la codicia de la escritura. Escribe y tacha. Unas veces la letra avanza a tal velocidad que acaba pareciendo una taquigrafía indescifrable. Otras, por cada palabra, por cada frase concluida, hay una tachadura. La letra cada vez más rápida, más pequeña y rasgada, como un impulso de los registros de su actividad cerebral.

Era reservado en lo referente a los trabajos y estudios que realizaba y que pensaba escribir; dedicado y absorbido por tareas docentes y de conducción universitaria, redactó y dio forma a su *Curso de Antropología Filosófica* con la invaluable colaboración de Azucena Fraboschi. Esto se sabe. Lo que quizá no se sepa es que su obra consistió también en anotaciones y apuntes de lectura, tomados y enriquecidos entre una y otra tarea de rutina; y prólogos, estudios preliminares, y escolios a distintas obras e investigaciones. Todo este rico material obra hoy en depósito en la Biblioteca Central de la UCA, esperando el día en que alguno de sus discípulos pueda ordenarlo, procesarlo y ocuparse de lo que hizo y lo que fue Monseñor Blanco

Quien haya podido hablar una vez con Monseñor Blanco conoce, por la voz y por el rostro, el secreto de su estilo. Dueño de sus registros tenía modulaciones e inflexiones nunca escapadas de su tono normal; una voz contenidamente llena, no rebasada: era una voz tensa con calor de intimidad. Y lo mismo su gesto: nunca gesticulaciones. Si tuviera que declarar lo que significó Monseñor Blanco, diría que su nota fundamental era una actitud, y esa actitud un ejemplo: el de la vigilancia del espíritu. Desde el Rectorado observaba lo material de la casa —la UCA, suya y nuestra— y cuidaba la conservación y el correcto uso de los bienes. Pero lo que rigurosamente le importaba, no era tanto lo que cuenta y pesa en la balanza del mercado, sino todo aquello que es doctrina, cultura y normas en la

institución, y especialmente el bienestar de quienes la integraban. Había que conocerlo para apreciar en su apretón de manos la advertencia del padre o del amigo, que censura con una sonrisa de simpatía.

Su salud le deparó dolores grandes, no simples incomodidades, pero los sobrellevó con serenidad y sencilla aceptación. Grave y sereno, era ajeno a la solemnidad y repudiaba el concepto trágico de la vida. No sólo en su pensamiento y cultura, también su carácter propendía a lo clásico. Siempre encontró el asidero absoluto en la fe y agotó su noble vida en un apostolado permanente y profundo.

Adhirió plenamente al pensamiento y la doctrina de Santo Tomás de Aquino, permaneciendo siempre abierto al fluir de su pensamiento, que se interrogaba al compás de los tiempos nuevos, buscando la perfección espiritual, sin perder la lealtad a sus principios democráticos.

Es fácil confundir cultura y erudición. Los conocimientos de un hombre culto pueden no ser muy numerosos o abarcativos, pero son armónicos, coherentes y, sobre todo, están relacionados entre sí. En el erudito los conocimientos pueden almacenarse en compartimentos estancos. En el caso de Monseñor Blanco, su profundo saber —preciso, conciso, claro— se distribuía de acuerdo con un orden interior que permitía su canje y fructificación.

Su figura se ha ido agrandando con el paso del tiempo y cobra todo su relieve como uno de esos hombres que —con la intensidad propia de una inteligencia y una sensibilidad notables— puede ser llamado «maestro» en la más amplia acepción de la palabra. En mi caso particular, el cariño íntimo y profundo que durante tantos años me unió a él, me permite además llamarle «amigo».

Fue un gran lector; al margen de su tarea filosófica, a la que dedicó su vida intelectual. Su vocación cultural se tradujo en una atención especial a la literatura y a temas vinculados con la educación, ambos sesgados hacia la perfección moral del hombre y de la sociedad. En ese sentido hay siempre en la mejor literatura una dimensión pedagógica que se enlaza con la preocupación que Monseñor Blanco mantuvo en todo momen-

to por la docencia: la docencia marcó el estilo y la conducta de quien fue un verdadero maestro. Ese magisterio no era en él algo adventicio, sino el resultado de una concepción en la que la enseñanza era el centro y el impulso de todas sus actuaciones. Valoraba la docencia como la base principal de cualquier formación integral y humana.

Durante años me enriquecí compartiendo con Monseñor infinidad de lecturas, que luego comentábamos y analizábamos. No siempre estábamos de acuerdo. Pero nuestras discusiones eran discusiones gratas. Él era fundamentalmente generoso en sus apreciaciones literarias. No cometía el error común de apreciar a alguien contra alguien. Si admiraba a un escritor no lo admiraba contra otros escritores. Yo suelo tender a un fanatismo que Monseñor no tenía.

El verbo leer, como el verbo amar —diría Borges— no soporta el imperativo. La lectura debe ser una de las formas de la felicidad y no se puede obligar a nadie a ser feliz. Ante el descubrimiento de un libro o de un escritor, Monseñor, siempre joven, se dejaba llevar por una ilusión impaciente en la que no cuenta para nada el oficio, en la que no hay lugar para la fatiga ni para el desgano de lo ya conocido, ni el resabio de quienes piensan que están dentro del círculo de lo literario.

Sus comentarios son inolvidables: unía en ellos su inteligencia con un profundo sentido del humor. Fui testigo —mudo, claro— de perfectos ensayos improvisados sobre la exacta belleza de «Los motivos del lobo» de Darío, el realismo simple y nostálgico de José Pedroni o Baldomero Fernández Moreno, el conmovedor rigor intelectual de *Memorias de Adriano* de Marguerithe Yourcenar o el «Salmo Pluvial» de Lugones, el genio verbal de *Guerra de tiempo* de Alejo Carpentier, o la decadencia moral y religiosa en la España de *La Regenta* de Clarín.

Tenía una gran capacidad introspectiva para señalar los temas que recorrían sus lecturas: el peso moral sobre el individuo, el amor, la vejez, el sentimiento de culpa, el paso del tiempo, la muerte. Fue un experto indagador de la intimidad del alma con una capacidad asombrosa para señalar lo que le interesaba: el lado más oscuro y el lado más luminoso del ser humano.

Despliego al azar el abanico de mi memoria y puedo seleccionar a voluntad episodios, poemas, textos, libros... Un recuerdo es el umbral para una serie indefinida de recuerdos, en el que cada uno arrastra consigo otros.

Entre los poetas de la generación del 36 supo reconocer como a un clásico —con palabra casi atrevida— al granadino Luis Rosales, aunque lo fuese como intérprete de unas circunstancias de vida que le eran lejanas pero en las que participaba por ser expresiones sinceras de un hombre de pueblo. Fue devoto admirador de *La casa encendida* (1949) y de los poemas de carácter confidencial e intimista, en los que los motivos son muchas veces cotidianos.

Tengo la primera edición del *Adán Buenosayres*. Me la cedió en prenda de la compartida admiración por el porteñísimo don Leopoldo Marechal, admiración rayana en el afecto. La edición —de Sudamericana— es de 1948. En la primera página una firma del propietario: Guillermo Blanco, y una fecha: 1949. ¿Cuántas veces leyó la novela? No lo sé, pero sí sé que estuvo en estrecho contacto con esa obra de cuño alegórico y autobiográfico y con la postura estética y filosófica de su autor. En los últimos años, al término de los clásicos almuerzos de los miércoles, jornada en la que acostumbraba a descansar en su casa, leía con Guillermina, su sobrina nieta, algún fragmento del *Adán* o disfrutaba volviendo a la descripción del quimono de Samuel Tesler.

En esas felices tardes aparecía frecuentemente el nombre de Enrique Banchs, entre nosotros el más destacado representante de la lírica pura. A principios del siglo XX, entre sus 19 y 23 años Banchs dio a conocer cuatro libros de poemas. En el más celebrado de ellos, *La urna* (1911), abordó el tema del amor imposible desde una perspectiva esencialista. Mientras su fama se acentuaba con el paso del tiempo, Banchs no sólo se resistía a reeditar su obra sino que guardaba un silencio interrumpido apenas por la publicación de algunos textos en verso o prosa. Su obra, agotada, era inhallable. Es que, al decir de Borges, «hacia 1910 o 1911 una mujer dejó a Enrique Banchs, o lo rechazó o, lo que puede ser más doloroso, no se percató de él». De lo que tal vez no se percató Banchs fue de que aquella desventura amorosa, que tal vez lo acercó al suicidio, sería con

los años lo mejor que podía acontecerle, porque fue lo que enriqueció su lírica. Cada vez que hablaba de Banchs, Monseñor volvía a la lectura de «Enrique Banchs», el poema elegíaco que Borges le dedicó en su último libro, *Los conjurados* (1985), en el que se alude a esa tentación de quitarse la vida y que concluye: «Cumplida su labor, fue oscuramente,/ un hombre que se pierde entre la gente;/ nos ha dejado cosas inmortales».

En un cajón del escritorio de su casa, Monseñor guardaba como un tesoro copia de los poemas de esa antigua edición de *La urna*, devota y pacientemente transcritos por él muchos años atrás en una vieja máquina de escribir. Recuerdo su alegría cuando la Academia Argentina de Letras en 1983 reeditó finalmente la obra de Banchs, y también cómo celebró la cuidada edición de *La urna* editada por Proa en 1999, que le regaló Luis Martínez Cuitiño. Monseñor memorizaba varios de esos sonetos —a los que se llegó a comparar con los de Petrarca por su depurada forma—, y solía recitar con juvenil apasionamiento aquel de «Tornasolado el flanco».

Casi no sería necesario aclarar que Monseñor Blanco fue gran lector de Borges, al que admiraba sinceramente y al que trató en el período en que éste fue profesor de literatura inglesa en nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Todo en Borges le parecía interesante y novedoso; tenía por él una simpatía intelectual y consideraba que sus mayores virtudes eran la fantasía y la imaginación, bien dosificadas. En los últimos años adquirió —a medida que aparecían— los tres volúmenes de sus obras completas en la edición crítica de Costa Picazo y, me consta, releyó en orden cronológico toda la obra borgeana, esta vez enriquecida con las numerosas notas que figuran en esos voluminosos tomos.

Entre otros, Monseñor admiraba singularmente dos poemas: «La noche que en el sur lo velaron» y «El Ángel». El primero de ellos, incluido en *Cuaderno San Martín* (1929), había aparecido el 3 de enero de 1929 en la revista *Criterio*, dirigida en ese momento por Atilio Dell'Oro Maini. Sin duda a ese dato responde la temprana lectura que Monseñor hizo de la pieza. El texto es menos un poema que el capítulo de una novela, para el que Borges encontró el tono y la sintaxis adecuados. Es una composición narrativa, tranquila, nostálgica: un velorio modes-

to en el que la noche se presenta como una forma del olvido o de la memoria, en el que las cosas están bajo «el poder y la integridad de la noche», que las transforma o las apaga. Una velada fúnebre en la periferia de la ciudad, en algún barrio del sur, de casas bajas y edificios parecidos, —tal vez como en el Arrecifes de su primera infancia y juventud—, en donde «me reciben hombres obligados a gravedad/ que participaron de los años de mis mayores».

En cuanto al segundo texto, por los años veinte Borges proyectó escribir un poema: «El Ángel Guardián en Avellaneda», poema que no fue escrito y que subsistió solamente en las notas de *Cuaderno San Martín* (1929). Una noche consultó con su amigo, Francisco Luis Bernárdez, la manera en que podría corporizar la figura del Ángel Guardián en su composición. Pensó en un hombre caminando a deshoras, por un barrio de fábricas, o viajando en tranvía, que es bruscamente invadido por una tempestad de dulzura. Se percató de que esta invasión no proviene de fenómenos naturales o ambientales, ni de persona alguna lejana, sino que proviene de él mismo. Decide entonces que esa incomprendible dulzura proviene de su Ángel Guardián e imagina esa secreta amistad, piensa en ese compañero olvidado, en el Ángel intenso, que es su sombra en la tierra. Le dirige una plegaria, no elevada mecánicamente sino en forma personal y sentida y le suplica perdón por la mediocridad y opacidad de su juventud. Monseñor siempre recordó con ternura esa anécdota y buscó, sin resultado alguno visible, la presencia del Ángel Guardián en la poesía borgeana. Cincuenta años después, el domingo 25 de marzo de 1979, en el suplemento literario de *La Nación*, apareció «El Ángel», poema incluido posteriormente *La Cifra* (1981). El Ángel representa aquí un ideal de vida limpia y ética, lejos de la súplica y el llanto, lejos de la soberbia e hipocresía. El Ángel Guardián (el Otro), lo vigila. Finalmente el poema adquiere la forma de una plegaria o de una invocación: «Señor, que al cabo de mis días en la Tierra/ yo no deshonre al Ángel». Recuerdo a Monseñor Blanco saliendo de la Iglesia del Carmen después de la misa dominical blandiendo entusiastamente el diario; había comprobado algo de lo que hacía mucho estaba seguro: Borges no era ateo. Y la copia de ese

poema, prolijamente recortado del diario, lo acompañó siempre dentro de su agenda.

Alguien puso en mis manos un libro; comencé a leerlo. Cuando finalicé la lectura y alcé la vista, afuera había oscurecido y a mí me había cambiado la vida. El comentario es de Juan José Saer; el libro *La muerte de Iván Ilich* de León Tolstoi. Admiramos esa novela de 1886 en la cual su protagonista, Iván Ilich, narra el proceso por el que toma conciencia de la inminencia de su muerte y realiza un conmovedor análisis de la futilidad de su vida. Nadie hasta Tolstoi —ni después de él— reveló con tanta exactitud el tormento físico y moral de un moribundo cuya vida ha sido un completo engaño. En sus años jóvenes Monseñor había sido devoto y fervoroso lector del escritor ruso, más no sólo del autor de *Guerra y Paz*, *Resurrección* o *Ana Karenina*, sino del narrador de cuentos campesinos para campesinos, el apóstol de la filosofía libertaria de la vida y del sentido religioso de toda existencia. En esos relatos —más de un centenar— se manifiestan con claridad los objetivos de Tolstoi, para quien la verdad radica en la experiencia individual. Monseñor leyó muchas de esas narraciones breves: *El Padre Serguei*, *La borrasca*, *Las fresas*, *Los tres «startsy»*, *El pecador arrepentido*. . . Y admiró en ellos el espíritu del Evangelio, sus parábolas, el casto amor entre los hombres, la risueña campechanía de la sabiduría popular, —sencillez, inefable bondad del corazón— mezclados con frecuencia con cierto perfume oriental de esas *Mil y una noches* que Tolstoi adoraba desde su infancia.

Incontables autores y libros pasaron por sus manos: Unamuno, Antonio Machado, el Gironela de *Carta a mi padre muerto*, Sándor Márai y sus *Diarios*, casi todo Humberto Eco, Manuel Mujica Láinez, Italo Calvino, *La muerte de Virgilio* de Hermann Broch y tantos otros. . . Gran lector de novelas policiales apreció la intriga de *Rosaura a las diez* de Marco Denevi, y señaló en ella un pensamiento que, dijo, provenía de Santo Tomás: «*Porque yo creo, de veras, que para poder amar a los otros es necesario empezar por amarse a uno mismo, ¿no le parece? Si uno se odia a sí mismo, dígame, ¿cómo va a llegar a amar a los demás?*» En el año 2004 releyó *El Quijote* en la edición conmemorativa de la Academia Española de la

Lengua; en el 2010 la antología *Doscientos años de poesía argentina* de Jorge Monteleone, y en sus últimos meses pidió una buena edición de Calderón de la Barca: quería volver a *La Vida es sueño*, algunos de cuyos versos memorizaba.

Imposible detallar en este espacio todos los nombres, todos los títulos, pero —para decirlo con palabras de Marcel Proust —«en el umbral de esta amistad más pura y tranquila que es la lectura»—, destaco un poema que lo impresionó vivamente y cuya lectura adquiere nuevo significado después de su muerte. Se trata de «Un canto por Simeón» de T. S. Eliot, en la bellísima versión de Ángel J. Battistessa.

En el Niño Jesús presentado en el templo, Simeón, hombre justo y temeroso de Dios, ve el anticipo y la certidumbre de la redención por él tan ansiada. Seguro ya de ella, y bajo el agobio de los años, pide la paz:

Un Canto por Simeón

Señor, los jacintos romanos florecen en los vasos y
 El sol de invierno trepa por las colinas cubiertas de nieve;
 La estación obstinada ha hecho alto.
 Mi vida es leve, en espera del viento de la muerte,
 Como una pluma sobre el dorso de mi mano.
 El polvo en la luz solar y los recuerdos en los rincones
 Esperan el viento frío que sopla hacia la tierra muerta.

Danos tu paz.
 He caminado muchos días en esta ciudad,
 He guardado la fe y la entereza, he sido providente para el pobre,
 Di y tomé los honores y los halagos.
 Nadie fue nunca rechazado ante mi puerta.
 ¿Quién recordará mi casa, donde vivirán los hijos de mis hijos
 Cuando llegue el tiempo de la aflicción?
 Irán hacia el sendero de las cabras, y a la madriguera del zorro,
 Huyendo de los rostros extraños y de las espadas extranjeras.

Antes del tiempo de los cordeles y de los azotes de la lamentación
 Danos tu paz.
 Antes de las estaciones de la montaña de desolación,

Antes de la hora segura de la pena materna,
Ahora en esta natal temporada de muerte,
Permite que el Infante, el Verbo todavía indecible e inefable,
Conceda la consolación de Israel
A uno que tiene ochenta años y que no dispone de mañana.

Según lo prometiste,
Te honrarán y sufrirán en cada generación
Con gloria e irrisión,
Fulgor sobre fulgor, ascendiendo el peldaño de lo santo.
No es para mí el martirio, el éxtasis del pensamiento y la ple-
garia,
No es para mí la visión suprema.
Dame tu paz.
(Y una espada traspasará tu costado,
Tuya también).
Estoy cansado de mi propia vida y de la vida de aquellos que
me seguirán,
Estoy muriendo en mi propia muerte y en la muerte de los que
me seguirán.
Permite que tu servidor parta,
Puesto que ha entrevisto ya tu salvación¹.

Como Paul Claudel, el otro gran poeta católico europeo, T. S. Eliot es en prosista lúcido y un poeta complejo. Pero si la poesía de Eliot es compleja, no es inaccesible, ni mucho menos abstrusa como han pretendido algunos sin mejor argumento que el de la pereza o el de la propia incomprensión.

Más allá del sesgo alusivo y de las condensaciones elípticas de cada una de las frases, su claridad es espléndida. El nombre del personaje mencionado en el título, las referencias del contexto, el desarrollo casi versicular del poema y el paralelismo de algunas de sus expresiones, tan del Antiguo y del Nuevo Testamento nos permiten situarnos en seguida ante la clave y el punto de origen del poema: el Evangelio de San Lucas, capítulo segundo, versículos 25 a 35, (y aun más precisamente en los versículos 29 a 32), que incluyen el famoso cántico del anciano Simeón:

¹ BATTISTESSA, ÁNGEL J. «Un canto por Simeón». *Logos* (Facultad de Filosofía y Letras, UBA), 1944, año 3, n° 6, pp. 212-214.

Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum
 tuum in pace
 Quis viderunt oculi mei salutare tuum,
 Quod parasti ante faciem omnium populorum.
 Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuae
 Israel.

(*Vulgata*, I., c.)

Dice Battistessa en su escolio:

Por la voz de Simeón y en su perentorio y reverente *Nunc dimittis...*, canta también el acento de los que sin lograr la humana y divina desmesura de la santidad, del éxtasis o de la meditación sublime, saben que otros habrán de realizarla y que, en la satisfacción de haber cumplido por lo menos con la justicia y la misericordia, ya sobre la tarde de la vida, piden el recíproco cumplimiento de una antigua promesa, que saben cierta e incontrastable puesto que procede de Dios. En todo caso, la evocación bíblica se identifica con el propio anhelo del poeta y con el de cuantos, bajo el peso de los años o de las fatigas terrenas, formulan, en plenitud de humildad, esa noble demanda de la paz interior, hoy más urgente que nunca².

¿Cómo evocar lo que sentí en nuestros diálogos de entonces? Comentados por Monseñor Blanco los poemas, los textos, los libros que yo había leído aparecían como una verdad nueva, y los que no había leído aún prometían el sueño deslumbrante que, a veces, la vida misma llega a ser.

El 3 de septiembre de 2004 falleció en Buenos Aires Germán Bidart Campos. A una semana de su muerte, golpeado por la pérdida, Monseñor escribió una semblanza de su amigo, que fue publicada días después en *El Derecho*. Al describir el espíritu libre del Dr. Bidart Campos, su altura intelectual, su sencillez, su magisterio, su valioso don de comunicar, Monseñor, sin proponérselo, nos habla de sí mismo y de su propio mandato de grandeza. Nos coloca ante un espejo en el que vemos reflejadas sus virtudes:

² *Ibidem*, p. 214.

Era aristocrático en sus gustos, corregía la ignorancia, denunciaba la barbarie, compadecía la mediocridad y odiaba la demagogia. [...] Pienso que Bidart Campos era un hombre modesto, comprensivo para los más próximos a él, de una unidad de conducta y de una enorme sencillez. Estaba persuadido de que ninguna obra intelectual es exclusivamente individual, ni tampoco social, sino que es obra de un pequeño grupo que vive en alta tensión intelectual, que se ve todos los días por horas y trabaja activamente. Estuvo alerta a la mudanza de las ideas, pero su pensamiento no fue como la flecha giratoria de la veleta que cambia de dirección según los vientos que soplan, sino como la flecha imantada de la brújula. Su norte fue el reino de los valores. De todas las tendencias que examinaba optó por las que afirman la Verdad y el Bien³.

Monseñor Blanco tuvo amigos fraternales: Eduardo Pironio, Germán Bidart Campos, Hugo Carcavallo, Manuel González Abad, Ernesto Parselis, Juan José Pereyra, Eduardo Gowland. Para él la amistad fue la más alta forma de asociación entre los hombres, una relación que esquivo los lazos externos de la conveniencia y se anida más bien con afinidades, con acuerdos, con respeto y con el mutuo perfeccionamiento del valor interno. Y fue amigo de discípulos, colegas, empleados.

Una página de Chesterton de hace 90 años (1923) aparece como una predicción de la presencia de Monseñor Blanco entre nosotros:

Su poder personal fue precisamente esto: que desde el Papa al mendigo, desde el sultán de Siria en su pabellón, hasta los ladrones harapientos saliendo a rastras del bosque, nunca existió un hombre que mirase aquellos ojos pardos y ardientes sin tener la certidumbre de que Francisco Bernardone se interesaba realmente *por él*, por su propia vida interior, desde la tumba hasta el sepulcro; que era considerado y estimado seriamente y no añadido a los restos de una especie de programa social o a los nombres de algún documento burocrático⁴.

³ BLANCO, GUILLERMO P., «Germán J. Bidart Campos (1927-2004)». *El Derecho*. Septiembre de 2004.

⁴ CHESTERTON, G. K. *San Francisco de Asís*. En: *Obras Completas*, t. IV, Barcelona, Plaza y Janés, 1970, p. 456.

Como Francisco de Asís, Monseñor Blanco no veía en el bosque una masa confusa de árboles, sino que vio la individualidad de cada árbol. Para él un hombre era siempre un hombre, no desaparecía en la masa ni en la espesa multitud. Reverenciaba a Dios en cada una de sus criaturas. Nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida. Nos enseñó con su vida a perdernos en la vida de los demás, porque a todos, con su sola presencia, nos exigía comprensión y caridad, perseverancia y honradez, concisión y exactitud, seguridad y responsabilidad en el pensar y en el decir.

Fue un gran donador que buscaba la mejor manera de dar, que es dar las gracias, agradecer. Y este es el espíritu filial y pleno con que debemos recordarlo: el espíritu de agradecimiento por lo que hizo y por el regalo de su vida.

Dicen que la amistad, cuando es profunda y sincera, es como una claridad pura, que abriga, y a usted, querido Monseñor Blanco, le debemos el conmovedor privilegio de habernos aproximado a esa tibieza y a esa luz.